

# SINTOMAS ROMANTICOS DURANTE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Por FERNANDO ANZORENA PADILLA

**D**ON Carlos González Peña, en su "Historia de la Literatura Mexicana",<sup>1</sup> dice: "La tormentosa era política que va de la consumación de la Independencia a la traición de Querétaro en 1867, es, por esencia romántica: lucha del espíritu de reforma contra la tradición imperante".

En el presente estudio trataremos de ver si no sería posible encontrar, asimismo, características románticas en el período que va de las primeras agitaciones políticas de la Nueva España, hasta la consumación de nuestra Independencia.

Conviene, ante todo, recordar cuáles son las principales notas que suelen señalarse al romanticismo. "El romántico es un rebelde en política, generalmente un rebelde en religión".<sup>2</sup> Federico Schlegel dice que la Revolución Francesa es uno de los orígenes del romanticismo, y Benedetto Croce señala el escepticismo y la duda religiosa como características de ciertos románticos. El romántico tiende a encarnar su ideal en su propia existencia, por lo cual se ha dicho que no sólo se escribe, sino que se vive, se viste, se ama y aun se muere a lo romántico.

Antes de ocuparnos directamente del primer tercio del siglo XIX, echemos una mirada retrospectiva para ver si a la misma formación de nuestra patria no presidió la tendencia romántica. Claro está que al hacer las consideraciones que van a seguir, nos guía la convicción de los críticos que opinan que aun en la Edad Media y siglos XVI y XVII hubo románticos, y así para el ya mencionado Schlegel, los poetas románticos más grandes llegaron a serlo Dante y Calderón en lugar de Goethe.

El abogado Julio Jiménez Rueda ha sostenido siempre en sus

1 p. 28.

2 Citado por el Lic. Julio Jiménez Rueda, "Historia de la Literatura Mexicana", p. 145.

conferencias que el espíritu aventurero y conquistador de los recios castellanos del siglo XVI se puede considerar como manifestación suigéneris del Renacimiento en España. Y, aun cuando parezca paradójico, creo que también podríamos ver en tales empresas el espíritu romántico característico de nuestros antepasados. Las aventuras de Jerónimo de Aguilar y del otro náufrago, Guerrero, en Yucatán; los amores de Cortés con la Malinche; los cambios repentinos que se obraban en aquellos desenvueltos compañeros de D. Hernando, cuando se "metían frailes franciscanos", según nos refiere el verídico Bernal, no carecen, ciertamente, de sabor romántico. Por supuesto que faltaba entonces el escepticismo, pero, como veremos después, aun al tratar del romanticismo propiamente dicho, se deben distinguir dos clases: el creyente y el irreligioso.

Por lo general fracasaba Fr. Bartolomé de Olmedo cuando quería reprimir los arranques que hoy se apellidarían fanáticos, del *romántico Capilán*, siempre que éste en Cozumel, en Cintla, Cempoala, Tlaxcala y en el mismo gran teocalli de Tenochtitlán, derribaba ídolos para poner en su lugar "una imagen de Nuestra Señora con su precioso Hijo en los brazos.

En las historias que entonces se escribían no faltaban manifestaciones de ese romanticismo latente, por decirlo así, en el genio español. Si se trata de Gomara, capellán de Cortés, buscará lo extraordinario y fantástico, como cuando nos presenta a Santiago en un caballo blanco desbaratando a los indios en Tabasco. Al leer tales patrañas, inspira la "musa de la indignación", que dice don Carlos Pereyra, al ya viejo Bernal Díaz del Castillo, quien toma por lema ajustarse a la verdad en todo; pero, con su mismo desenfado en la expresión, y el "color local" de las narraciones, manifiesta también, aunque de distinto modo, la misma tendencia romántica. Sólo recordaremos ya al fogoso, inconsiderado, exaltado y verdaderamente fanático Bartolomé de las Casas, quien desde el título de su obra descubre su inspiración de marcado carácter apasionado y subjetivo.

Si después fijamos nuestra atención en las transformaciones que el clima y el ambiente todo del Anáhuac realizaban en los criollos ya desde la primera generación, encontramos lo que dos o tres siglos después llamarían los críticos melancolía romántica. Se sabe que esta nota distinguió a nuestro máximo dramaturgo, quien "daba pasto a la sátira por su modo de ser afable y cortés con algo de dulzón, como de genuino americano".<sup>1</sup> La misma vida colonial presentó siempre aspectos verdaderamente románticos y "abunda en asuntos que pudieran dar materia novelable o teatral a la imaginación romántica más desafortada".<sup>2</sup>

1 González Peña, op. cit., p. 129.

2 Jiménez Rueda, op. cit., p. 147.

Que si como apuntábamos, "el romántico es rebelde en política", ya sabemos que el espíritu independiente de los ayuntamientos españoles se manifestó desde un principio en la fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz de Archidonia. El ansia de libertad aparece en la intentona del Marqués del Valle y los hermanos Avila; en las atrevidas reprensiones que los mismos frailes endilgaban a los césares españoles; en las enérgicas protestas de encomenderos, clero y religiosos contra las famosas Nuevas Leyes; en las disensiones entre criollos y peninsulares habidas en los conventos por las "alternativas", hasta culminar en las justas reclamaciones—quien lo dijera—de un Manuel Abad y Queipo, quien veía las legítimas exigencias de su patria de adopción y pedía exención de tributos, repartición de tierras, igualdad de clases. . . .<sup>1</sup> Ni se muestra menos enérgico el por múltiples títulos romántico D. Miguel Guridi y Alcocer<sup>2</sup> al exclamar en las cortes de Cádiz: "Estamos sumergidos en la miseria, Señor, las prohibiciones, las limitaciones embarazan mucho a los americanos. . . . Pero sobre todo esto, lo que se les hace más sensible es ver el desprecio con que se les trata, quizá hasta dudar de si son hombres. Se quejan no de las leyes, se quejan de su desgraciada situación, de que separados de la Península en tan gran distancia, se forman ideas erradas de todas las cosas, no se conoce a los sujetos de mérito, y aun cuando son conocidos, quedan postergados por no estar cerca de la fuente. Se quejan de que muchos de los que van allá usurpan todo lo que quieren. . . ."<sup>3</sup>

Digamos, por fin, que en la Nueva España como en otros países, la lectura de "libros prohibidos" de autores transpirenaicos fue seguramente una de las causas de la fermentación que se notaba en tantos cerebros durante los últimos años del siglo XVIII y principios del XIX. Interesante a este respecto es el volumen XIII de las Publicaciones del Archivo General de la Nación,<sup>4</sup> y en particular el "Preliminar" de D. Nicolás Rangel, que dice: ". . . la filosofía moderna y las bellas artes recibieron poderoso impulso en los establecimientos docentes fundados por la Corona o debidos a la iniciativa particular. . . los colegios que habían sido de los jesuitas en las capitales de las Intendencias; y de una manera particular mencionaremos el Colegio de San

1 Cf. Colección de Documentos . . . , de Hernández Dávalos, p. 835.

2 Fue Guridi y Alcocer (1763-1828) uno de esos eclesiásticos (no tan numerosos como se ha dicho) que por temperamento y por influencia de la época hacían extraña mescolanza de la ortodoxia católica y el filosofismo francés, y cuyas vidas resultaban también no menos revueltas y *verdaderamente románticas*. Por lo menos con tales colores se pinta a sí mismo en los "Apuntes de su Vida", sin retroceder ante aventuras que se pasan de traviesas.

3 Diario de las cortes de España. Sesión del 9 de enero de 1811.

4 "Los Precursores Ideológicos de la Guerra de Independencia".

Francisco de Sales, de San Miguel el Grande, todos fueron centros de cultura, donde la juventud criolla nutrió su intelecto. Incubadora de héroes hemos apellidado en alguna vez a este último establecimiento, como que en él enseñó uno de los filósofos mexicanos más notables, el Dr. D. Benito Díaz de Gamarra y Dávalos . . . Este precursor ideológico de nuestra guerra de emancipación exhortó a la juventud de aquella época a dedicarse al estudio de las matemáticas como base de una educación científica; y con la publicación de su notabilísima obra "Errores del entendimiento humano", combatió los vicios y las preocupaciones sociales de aquel entonces, y marcó la senda que seguirían más tarde el Pensador Mexicano y el Payo del Rosario. En esta obra de preparación y de transformación social, imposible es olvidar a los jesuitas criollos, Clavijero, Abad, Alegre, Guevara y tantos otros que en los colegios de la Compañía esparcían las nuevas ideas para disponer el advenimiento de la Independencia".

Todos estos "precursores ideológicos" empezaban, pues, a "romper moldes", actividad negativa con que suele caracterizarse al romanticismo.

Si en algunos de los precursores ideológicos de la Independencia se pueden sorprender algunos rasgos de escepticismo, como en el seminarista Juan José Pastor Morales,<sup>1</sup> debemos, no obstante, notar desde ahora que, en esta época, nuestro prerromanticismo no alardea de irreligiosidad, y más bien ocurre lo contrario, como tendremos múltiples ocasiones de notarlo más adelante.

Es necesario llegar a los años 1821 y 1822, cuando el funesto Poinsett siembra clandestinamente el descontento en el Congreso de Iturbide, preparando ya la fundación de las famosas logias yorkinas, para que empiece a revelarse la hostilidad a las tradiciones religiosas del pueblo.

Es cierto que los últimos virreyes, sobre todo Revillagigedo, venían ya notablemente afrancesados, y que el elemento militar pertenecía en gran parte al rito masónico escocés; pero cuando se declara la rebelión, realistas e insurgentes no encuentran peores acusaciones para sus contrarios, que tacharlos de "impíos, renegados y apóstatas". Esta es, podríamos decir, la principal arma que se esgrime en los numerosos "folletos" que entonces se escribían para desprestigiar al bando enemigo.

Y si es cierto que no hay romanticismo, sino más bien románticos, los autores de esta literatura política, con sus arrebatos y ridículas extravagancias; los oradores sagrados, con sus intemperancias desde el púlpito, y los cabecillas rebeldes, en sus arengas improvisadas,

1 Nicolás Rangel, op. cit., pp. XII a XV.

tienen quizá más derecho que los escritores de las siguientes décadas, a que los consideremos como víctimas genuinas de la epidemia romántica, pues en ellos hay más espontaneidad, más pasión, más entusiasmo, más aventura y—de parte de los insurgentes—más nacionalismo.

En la tercera parte de este trabajo consideraremos sobre todo a estos últimos, y me parece importante insistir sobre el carácter religioso de lo que quiero llamar su romanticismo revolucionario, lo cual me parece tanto más interesante cuanto que se dirigía contra instituciones que, por la expulsión de los jesuitas, la desamortización de los bienes de obras pías, los abusos del real patronato<sup>1</sup> y, posteriormente, en el nuevo régimen, las tendencias liberales de las cortes españolas, herían los sentimientos religiosos y patrióticos de los americanos. No es, pues, de extrañar que, según acertados cálculos de moderno historiador, 6000 de los 8000 sacerdotes que entonces había en la Nueva España optasen por la causa de la emancipación, y que varios centenares de ellos aun tomasen las armas y encabezasen el movimiento, ni que los eclesiásticos de la ciudad de México se enfrentasen al intruso arzobispo Bergosa en 1813, para lograr que las elecciones todas para diputados a las cortes de Cádiz recayesen en diputados mexicanos, ni, finalmente, que, despechado, el año siguiente, por nuevos triunfos de sus contrarios, escribiese D. Félix María Calleja: "Actualmente caminan para esa Corte dos grandes facciosos en calidad de diputados, que son el magistral (sacerdote) de esta capital, D. José de Alcalá, y el Lic. D. Manuel Cortazar. No puede haber una amargura comparable a la mía, al ver marchar, sin poderlo impedir, dos tan perniciosos sujetos a dictar leyes a los nobles españoles. . . Y como los facciosos de aquí están en continua relación y acuerdo con sus diputados en la Península, han sabido cuantas providencias se dictaban para la América, y reclamándome orgullosamente su cumplimiento. . . la primera elección popular para ayuntamiento fue el primer triunfo de los rebeldes. . . se inundó la ciudad de pelotones de

1 En el Doc. 531 de la colección de Hernández y Dávalos, se leen las siguientes líneas que, aunque exageradas, son una confirmación de lo que aquí asentamos: "El Gobierno Español ha imitado al Gabinete de Saint James: los reyes de Inglaterra, desde Enrique VIII, con descaro se intitulan Cabeza de la Iglesia Anglicana, y los reyes de España, con hipocresía sólo se nombran protectores de la Iglesia. . . El Rey británico dijo abiertamente: No obedezco al Papa; y el rey español se sujeta, en lo que le conviene, a la Silla Pontificia, reclama aún los decretos del Concilio Tridentino y amenaza con sus armas para arrancar los Breves y las Bulas que importan a los intereses de sus ministros y favoritos. . . ¿no se infiere que los reyes de España han sido peores que los de Inglaterra?. . . La certeza de esta conclusión y de las proposiciones de que se deducen, no necesitan otras pruebas que la Historia de Enrique VIII, escrita por el sapientísimo Suárez en su incomparable obra "De Religione", y la lectura de las Cédulas Españolas y de los Breves Pontificios que, desde aquella época, se han publicado. . ."

gente, que por ser de noche conducían gran número de hachones; gritaron vivas a Morelos, a la independenciam y a los electores, todos americanos sospechosos y la mayor parte infidente . . . ”<sup>1</sup>

Como era natural, al fragor de las batallas callaron casi por completo las musas, y aun en la prosa, las producciones propiamente literarias son escasas en este período. No nos ocuparemos, pues, de los escritores que entonces cultivaron las bellas letras, aun cuando algunos son ciertamente notables precisamente por manifestar tendencias románticas, como D. Joaquín Fernández de Lizardi, en sus novelas de asuntos mexicanos y en sus “Noches tristes y día alegre”; D. Anastasio María de Ochoa y Acuña, “el mejor pintor en verso de la vida social mexicana en las postrimerías del régimen colonial y principios de la era independiente”;<sup>2</sup> D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, a quien D. Luis Urbina llama el primer romántico mexicano, y otros varios. Fijaremos más bien nuestra atención en algunos de nuestros principales caudillos y políticos de tan tormentoso período; pero lo haremos muy brevemente, pues siendo tan conocidas las vidas y los escritos de éstos, resulta evidente, atendiendo a las consideraciones arriba apuntadas, que fueron todos ellos legítimos románticos de carácter muy especial, aunque generalmente no se les considere como tales.

Muy compleja es ciertamente la fisonomía moral del Padre de la Patria, sobre quien quizá nunca se llegue a formular un juicio definitivo; pero un rasgo sí se destaca con toda claridad: el constante anhelo de romper con ciertas tradicionales rutinas y de librar a su patria de los intolerables abusos de la hipocresía borbónica. En este doble aspecto creo que tiene el señor Hidalgo cabida en un estudio como el que hemos emprendido. Quizá este mismo espíritu independiente y, por tanto, romántico lo desvió en ciertas épocas de su vida del debido cumplimiento de sus obligaciones como eclesiástico, y le ocasionó más de un disgusto con Allende, celoso, como buen soldado, por la disciplina militar.

El jesuita P. Guevara había iniciado a fines del siglo XVIII una prudente y oportuna reforma en el estudio de la Filosofía. “Con las Instituciones Philosophiae del P. Guevara—dice el Ilmo. Sr. Valverde Téllez—inauguramos en México una prudente reforma en la filosofía de la Escuela. Y no es que mucho antes no se hubiesen cultivado con ahinco y provecho las ciencias naturales, sino que se marcó de una manera más decidida y franca la distinción formal y específica entre la filosofía propiamente dicha y las ciencias inferiores . . . Más aún, dentro de la metafísica surgió y se robusteció con poderosa fuerza de

1 Archivos Generales de Indias, 136-7-9. Citado por el P. Cuevas.

2 C. González Peña, op. cit., p. 237.

reacción la protesta contra las nimiedades y cavilaciones churriguerescas a que algunos llevaron el método deductivo, contra el respeto ciego y tradicional a los antiguos maestros; en favor del método experimental, del discurso personal, de la crítica seria, de la discusión . . .”<sup>1</sup>

En el Colegio de S. Nicolás, de Valladolid, siguieron el P. Francisco Javier Clavijero y varios otros jesuitas las reformas iniciadas, y en esta escuela y con tales profesores se formó el futuro cura de Dolores, quien en un discurso sobre la manera de enseñar la sagrada Teología, emitía ya entonces aventuradas opiniones que no caían, sin embargo, bajo nota de censura eclesiástica. Por tales motivos le procesó en 1801 la Inquisición, pero fue absuelto y aun le fue confiada la Rectoría del plantel al cual, en los últimos años, se ha añadido su nombre. Que era asiduo lector de autores franceses, es cosa segura; pero a qué punto los consideraba peligrosos para su fe católica, es cosa que actualmente nos es difícil juzgar. Tengamos presente, como ya dijimos arriba, que para los eclesiásticos ilustrados era evidente la influencia que la masonería dejaba sentir en la corte española y en las autoridades que entonces regían los destinos de la Nueva España, como también la hipocresía con que tales administraciones cercenaban cada vez más las libertades de la Iglesia, y, por tanto, no podían menos de simpatizar con los movimientos revolucionarios que combatían y derrocaban absolutismos y despotismos en otros países.

No se puede, por otra parte, poner por un momento en tela de juicio el apego del cura Hidalgo a la religión católica. Ya lo dijimos, en nuestros prerrománticos no cabe el matiz de irreligiosidad. Por lo contrario, en cuantos escritos hemos conservado del noble anciano, campea el sentimiento religioso, y en los párrafos más fogosos, apasionados y románticos, manifiesta con gran energía que uno de los principales móviles que lo habían lanzado a la revolución, era el anhelo de arrancar a sus conciudadanos del yugo que les imponían las autoridades masónicas, para que así la Iglesia gozase de verdadera libertad. “Los opresores no tienen armas ni gentes para obligarnos con la fuerza a seguir en la horrorosa esclavitud a que nos tenían condenados. ¿Pues qué recurso les quedaba? Valerse de toda especie de medios, por injustos, ilícitos y torpes que fuesen, con tal que condujeran a sostener su despotismo y la opresión de la América: abandonan hasta la última reliquia de honradez y hombría de bien, se prostituyen las autoridades más recomendables; fulminan excomuniones que nadie mejor que ellos sabe no tienen fuerza alguna; procuran amedrentar a los incautos y aterrorizar a los ignorantes, para que, espantados con el nombre de anatema, teman donde no hay motivo de temer. ¿Quién creería, amados conciudadanos, que llegase hasta este punto el descaro y atrevimiento de los gachupines? ¿Profanar las cosas más sagra-

1 Historia de la Iglesia en México, Mariano Cuevas, T. IV, pp. 246-47.

das para asegurar su intolerable dominación? ¿Valerse de la misma religión santa para abatirla y destruirla? ¿Usar de excomuniones contra toda la mente de la Iglesia, fulminarlas sin que intervenga motivo de religión? Abrid los ojos, americanos, no os dejéis seducir de vuestros enemigos: ellos no son católicos sino por política: su Dios es el dinero, y las conminaciones sólo tienen por objeto la opresión. ¿Creéis acaso que no puede ser verdadero católico el que no esté sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este nuevo dogma, este nuevo artículo de fe?"<sup>1</sup>

El anhelo de libertad se manifiesta en toda su romántica aventura, y aun lo lleva a dos gravísimos errores: tolerar la indisciplina de las chusmas y condescender con los instintos feroces de algunas naturalezas semisalvajes. "Preguntado.—Si sabe y tiene noticias de los asesinatos que son notorios en Guanajuato, Guadalajara, Valladolid, Charcas, Real de Catorce, Mateguala (sic) y otros pueblos... Dijo: Que... sí tuvo parte en los de Valladolid, que fueron ejecutados de su orden y serían como sesenta los que perecieron; que por la misma razón la tuvo en los de Guadalajara, que ascenderían como a trescientos cincuenta...<sup>2</sup> Hasta ahora no se ha hallado excusa plausible para quien ordenaba semejantes hecatombes, y sólo en las flaquezas de su temperamento romántico se encuentra alguna disculpa para ciertos amores en que delinquiró, no se sabe de manera segura si antes o después de ordenado, pero que bien supieron aprovechar sus enemigos para desprestigiarlo ante sus secuaces, aun inventando fábulas como aquella a que se refiere Da. Manuela de Rojas y Taboada, cuando escribe a su esposo D. Mariano Abasolo: "... se dice que todos los lugares que estaban antes por el cura (Hidalgo), no quieren ni oírlo mentar, más cuando la capitana, que traía vestida de hombre y hoy está en las recogidas, ha contado a todos los de Calleja horrores del cura, que lo acreditan tal hereje, y mil vilezas..."<sup>3</sup>

Sólo como "rebelde en política" tendría lugar el gran cura mulato D. José María Morelos y Pavón en una lista de románticos de la guerra de emancipación, pues creo que, contrariamente a lo que vimos en Hidalgo, el que es en nuestra historia genio militar por antonomasia, fue, ante todo, hombre de táctica, orden y disciplina. Claro que

1 Manifiesto de D. Miguel Hidalgo, citado por Zamacois. Tomo VII, Apéndice No. 7, pp. 665 y 666.

2 El agustino secularizado, P. Mucio Valdovinos, proporcionó a Alamán los datos que stampa en su 2º tomo, respecto a la responsabilidad en esos asesinatos, del intendente D. José María Anzorena, bisabuelo de mi padre. En nuestras familias conservamos las defensas perentorias escritas en 1850 por mi bisabuelo D. José Mariano de Anzorena y su hermano D. J. Ignacio y que Hernández y Dávalos trae en su II tomo, p. 551 y sigs. Cf. también Zamacois, T. VII, pp. 71 a 75 y p. 629.

3 Zamacois, T. VII, Apéndice No. 5 p. 656.

como católico que luchaba contra el liberalismo de las cortes peninsulares, que se confesaba antes de cada acción militar y que lloraba al oírse tildar por la pseudo-inquisición de hereje y mal cristiano, bien puede figurar entre los románticos creyentes, a lo menos por los fogosos discursos que pronunciaba ante la Junta de Zitácuaro y el Congreso de Chilpancingo. “¡Manes de las Cruces—exclamaba ante la mencionada Junta—de Aculco, Guanajuato, Calderón, de Zitácuaro y Cuautla! ¡Nombres de Hidalgo y Allende, que apenas acierto a pronunciar y que jamás pronunciaré sin respeto, vosotros sois testigos de nuestro llanto! Vosotros que, sin duda, presidís esta augusta asamblea, meciéndoos plácidos en torno de ella. . . recibid, a la par que nuestras lágrimas, el más solemne voto que a presencia vuestra hacemos en este día, de morir o salvar a la patria. . .”<sup>1</sup> “V. M.—decía más tarde a la Junta de Chilpancingo, el 14 de septiembre de 1813—, es Aguila tan magestuosa como terrible que abre en este día sus alas para colocarnos baxo de ellas y desafiar desde este sagrado asilo a la rapacidad de ese León orgulloso que hoy vemos entre el Cazador y el venablo, las plumas que nos covijan serán las Leyes protectoras de nuestra seguridad; sus garras terribles, los ejércitos ordenados; sus ojos perspicaces, la sabiduría profunda de V. M., que todo lo penetra y anticipa. . . día grande, día fausto, venturoso, día en que el sol alumbraba con la luz más pura aun a los más apáticos e indiferentes. Genios de Moctezuma, Cacama, Quautimotzin, Xicotencatl y Calzon-tzin, celebrad en torno de esta augusta asamblea y como celebrasteis el Mitote en que fuisteis acometidos por la pérfida espada de Alvarado, el fausto momento en que vuestros ilustres hijos se han congregado para vengar vuestros ultrajes y desafueros y librarse de las garras de la tiranía y francmasonismo que los iba asorver para siempre. Al 21 de agosto de 1521 sucedió el 8 de septiembre de 1813; en aquél se apretaron las cadenas de nuestra servidumbre en México Tenoc-titlán (sic); en éste se rompen para siempre en el glorioso pueblo de Chilpancingo.”<sup>2</sup>

Fuera de esto, tinte no poco romántico dieron a las azarosas campañas de Morelos algunos de sus compañeros de armas—los Galeana, los Bravo. . .—algunos curas menos disciplinados que él,<sup>3</sup> y, sobre todo, los díscolos miembros del errante Congreso:

1 Hernández y Dávalos, T. V, p. 163.

2 Discurso compuesto por D. Carlos María Bustamante.—Hernández y Dávalos.—No. 242, T. VI, p. 212.

3 Cuando Morelos fue fusilado, el 22 de diciembre de 1815, ya habían sido pasados por las armas 125 sacerdotes. En el T. IV de Hernández Dávalos, p. 225, se halla una curiosa carta del generalísimo, en que habla de las aventuras verdaderamente romancescas de un P. Garcilita, “que con el cura Delgado de Vrecho se han metido a reformadores del mundo”, y en el T. IV, p. 416, se habla del P. J. M. Ramos, quien “cuenta sus aventuras de Quixote”.

El doctor Cos, en la curiosa manera como se vio envuelto en el movimiento revolucionario desde 1811; en los industriosos arbitrios con que construyó la imprenta para editar "El Ilustrado Nacional"; en la apasionada requisitoria escrita contra el Congreso a D. Encarnación Ortiz, invitando a éste a que "desobedezca" a la Asamblea; <sup>1</sup> D. Andrés Quintana Roo, en sus andanzas y novelescos amoríos con Da. Leona Vicario, quien lo siguió, como perseguida revolucionaria que era ella también, en sus forzadas peregrinaciones, y quien, en una cueva, dio a luz a su primera criatura; en sus producciones literarias, igualmente, el ilustre yucateco, si no por la forma, de corte clásico, sí por los asuntos en los cuales exhaló su férvido patriotismo; . . . D. José Sixto Verduco, D. José María Licéaga, finalmente, y los otros exaltados que con su exagerada y romántica independendencia y desenfado ocasionaron en gran parte la desgracia del ínclito valisoletano . . .

Conviene recordar aquí la curiosa figura del clérigo ciego, Dr. D. Francisco Severo Maldonado, romántico, si se quiere, por exaltado y versátil, como que lo mismo publicaba "El Despertador Americano" que "El Telégrafo de Guadalajara", pero sobre todo por sus ideas "avanzadas" en cuestiones sociales. Ya se han hecho notar sus doctrinas semejantes a las de Fourier, <sup>2</sup> de quien ni había oído hablar, aunque se me ocurre que el cura de Mascota no era en realidad tan innovador, pues como los "falasterios" del filósofo francés, ya hacía tres siglos que muy cerca tenía Maldonado los "hospitales" de "tata" D. Vasco.

No porque les reconozcamos grandes méritos como patriotas, ni porque juzguemos de mucho momento la parte que tomaron en las guerras de emancipación, <sup>3</sup> mencionamos aquí, para terminar, a esos extrañísimos personajes, fray Servando de Mier y Teresa y D. Francisco Javier Mina, sino porque difícilmente se podrán encontrar vidas más románticas que también se reflejan en los escritos que han dejado.

1 Zamacois, T. IX, Apéndice No. 19, p. 899.

2 Francisco María Carlos Fourier, filósofo socialista francés (1772-1835). Proponía se fundasen sociedades agrícolas (falanges) de 1620 personas, dos de cada uno de los 810 caracteres que, según él, existen y que obedecen a 12 pasiones radicales. Las falanges vivirían en grandes construcciones, los "falasterios".

3 Sin embargo, si Mina era sincero, es notable la siguiente declaración: ". . . y el ministro D. Manuel de Lardizábal, equivocando los sentimientos de mi corazón, me propuso el mando de una división contra México; que si la causa que defendían los americanos fuese distinta de la que había exaltado la gloria del pueblo español . . . La parte sana y sensata de la España está hoy bien convencida de que es no solamente imposible volver a conquistar la América, sino impolítico y contrario a los intereses bien entendidos: prescindiendo de la justicia incuestionable que asiste a los americanos, ¿cuáles serían las ventajas que se conseguirían en subyugarla otra vez? ¿Quiénes serían los que ganarían con tamaña iniquidad, si ella fuese posible? Dos clases de personas son las que única y exclusivamente se aprovechan allí de la esclavitud de los americanos, el rey y los monopolistas . . ."

“Romántico de la libertad”, acostumbra D. Nicolás Rangel apellidar a Mina, y ciertamente lo fue el joven navarro combatiendo contra los franceses; en su prisión de Vincennes; luchando por las constituciones liberales y contra el absolutismo de Fernando VII, cosa que emprendió quizá con exagerada pasión, hasta ponerse al servicio “de algunos comerciantes ingleses, que por miras interesadas, por sus especulaciones mercantiles, deseaban fomentar la independencia de Nueva España”,<sup>1</sup> y exclamar en una de sus proclamas: “La patria no está circunscrita al lugar en que hemos nacido, sino más propiamente al que pone a cubierto nuestros derechos personales”.<sup>2</sup> La carta que escribió al general Liñán, en que dice: “. . . y que si alguna vez dejé de ser buen español, fue por error”,<sup>3</sup> y el sentimiento que manifestó de ser fusilado por la espalda como traidor, en lo cual “se dejaba conocer que su extravío fue más bien efecto de una imaginación acalorada, que de perversidad de su corazón”;<sup>4</sup> los sentimientos religiosos de que dio prueba al ser asistido por el capellán del primer batallón de Zaragoza, D. Lucas Saiz, todo revela a un joven generoso, de noble corazón, pero ardoroso y exaltado con exceso, de modo que en su temperamento romántico fácilmente hallaron eco las ideas del ambiente en que vivió. Conocida es su rápida campaña de siete meses en que abundan los lances de inaudito arrojo y las aventuras más peregrinas con aquella turbamulta de individuos de toda nacionalidad, sexo y condición.

Mil veces más estafalaria y romancesca resulta la vida, hechos y dichos del fraile aventurero, acérrimo liberal y republicano, incorregible prófugo de desconcertantes inconsecuencias en su conducta, como cuando a fuerza de intrigas consigue en Roma el hábito de Monsignor, “que no se quita ni para acostarse”. Ya su famoso sermón de 12 de diciembre de 1794,<sup>5</sup> su afición a leer y traducir a los románticos franceses, nos revelan al que debía consignar en la “Apología y Relaciones de su vida” las aventuras más extraordinarias de su agitada existencia, terminada, para poner el colmo, entre el aparatoso cortejo con que quiso que se le trajese el Sagrado Viático de la parroquia de la Veracruz, mandando al diablo a los masones y haciendo, sin embargo, un último esfuerzo para justificar su vida y opiniones.

Sólo pondré, para terminar, algunos párrafos de la carta escrita

1 Zamacois, T. X, p. 246.

2 Zamacois, T. X. (Continuación.) Apéndice No. 3, p. 16.

3 Zamacois, T. X, p. 375.

4 Ibid, p. 377.

5 Historia de la Revolución de Nueva España, por D. José Guerra (Mier), T. II, Apéndice, p. II.

en Norfolk (Virginia), a su "mui caro Frasquito", del 1° al 13 de julio de 1816, refiriéndole con lujo de detalles y sin retroceder—cosa que no acostumbraba—ante el más crudo realismo, lo que tuvieron que sufrir él y Mina en el viaje de Cork a Norfolk, travesía que duró desde el 19 de mayo hasta el 30 de junio del año mencionado. Se queja en particular de lo que debieron soportar de parte de cuatro individuos: Humedia, Pasamonte, Pavía y "Escaño, catalán capitán de infantería, idem D. Lázaro Goñi, capitanes los dos, pretendidos havaneros, pretendidos Barones, pretendidos Guardias de Corps, ahora Marqueses de la Bastida, pretendidos tenientes coroneles y en realidad brutalísimos y baxos Cabos de esquadra del regimiento de Castilla. . ." "dixeron (estos individuos) que Mina no era General, sino un salteador de caminos, un tunante, un pícaro y a ese tono iba todo. Pero el objeto de su furia éramos yo y la religión. Yo no era libre para hablar una palabra la más inocente, la respuesta más cariñosa era cállate so ignorante, pillastrón, ladrón y otra increíble serie de denuestos groserísimos, baldones y calumnias aprendidas de la dulcísima boca del furioso Méndez por el Josefino (partidario de Bonaparte) Pasamonte, hombre necio, brutal y bárbaro que así me trató todo el viage hasta el día que desembarqué creyendo salir del infierno mismo. Ante ti juro, ¡Dios mío!, que no digo por ahorrar 30 libras, pero si me viese pordioseando no trocaría mi hambre por un barco semejante".

Expone luego con los propios términos repugnantes, las blasfemias de sus verdugos, cómo "Mina emprendió en la cena probarles la existencia de Dios y la bondad de Jesucristo", y cómo vio él a "Humedia huyendo como un gamo porque Mina sacó dos sables y le dio uno para que se batiese, y si no le cortaba las orejas". Exclama luego: "¡Válgame Dios, cuanto ha sufrido este pobre Mina!, pero al fin no se le atrevían cara a cara; pero a mí, ¡buen Dios!, qué atroces insultos día y noche porque veían que viejo y con un brazo roto no podía ofenderles. Aun si dormía, me despertaban tirándome algo encima—levántese el marrano y váyase al escotillón de proa, que la cámara se hizo para los caballeros y no para un canallón semejante".

Cuando desembarcaron por fin, dice: "A mí me pareció salir de los abismos y ya iba algunas millas distante y todavía volvía la cara como si me persiguiesen los demonios". Después de recomendar a su corresponsal "de todo mi corazón a Mary y mi Carlota", termina: "ya ve V. lo largo que escribo, imíteme V. so floxonazo".<sup>1</sup>

1 Hernández y Dávalos, T. IV, No. 1027.